

violento Don Robustiano Casa; y los carpinteros que fabricaban profundos nidos en el tibio y musgoso ambiente de los montes uruguayos.

El libro concluye con un evocador relato que tiene el nombre del libro.

La plaza de las carretas hace revivir la vieja afición de Amorim por el tópico que le dió la celebridad literaria en sus discutidos personajes de *Las Quitanderas*. Todo el encanto rodante de este vehículo campero tiene para Amorim curiosas irradiaciones poéticas, donde sabe buscar admirables vetas para su sensibilidad.

Este libro enriquece a la literatura uruguaya y coloca a su autor nuevamente en la actualidad. Se discutirán sus audacias, sus extrañas y desconcertantes cualidades, su fantasía lusitana, desbordada por caminos novedosos, su estilo dotado de fulgurantes imágenes y de un poderoso aliento realista; pero no se escatimará el elogio al gran artista que produjo *El paisano Aguilar*. Amorim mezcla en sus historias el instinto y el realismo, con sus mujeres fantasmagóricas, el amor obtenido en todos los climas y el retorno firme a su tierra madre, a su campo fronterizo, con sus arreadores y guardaespaldas, con sus chinas y sus payadores, con sus desarraigados y sus vagabundos, con todo el alucinante realce de una mentalidad mestiza de brasileños supersticiosos y de uruguayos castizos. *La plaza de las carretas* amplía su campo creador y no desautoriza su bien ganado prestigio de novelista recio.



INDICE DE LA POESIA PERUANA CONTEMPORANEA, por Luis Alberto Sánchez.—(Ediciones Ercilla, 1938).

En el último tiempo son numerosas las antologías y ensayos de índole crítica que se han publicado en América sobre la

poesía continental. Faltaba un trabajo que abarcara la poesía peruana contemporánea, cuyas mejores expresiones no siempre andaban en libros sino desparramadas por revistas y números recordatorios consagrados a sus poetas más insignes.

Luis Alberto Sánchez, investigador incansable, ejemplar modelo de estudioso, trata de reparar esta ausencia de la poesía peruana en la copiosa serie de panoramas e índices que se han publicado recientemente.

No son muy felices las selecciones realizadas hasta aquí de los poetas peruanos. Recordamos el caso, entre otros desgraciadísimos, de un compilador que incorporó a la lírica peruana a poetas de otras nacionalidades sin averiguar sus orígenes. En general las antologías se resienten de poca seriedad, de improvisación, de repentismo.

Luis Alberto Sánchez, como todo antologista, no está libre de simpatías ni de preferencias. Algunas de sus clasificaciones pueden pecar de arbitrarias. Tiñe demasiado sus juicios de un apasionamiento limeño que muestra su garra polémica ya probada en una vasta labor de panfletista y de caudillo político. Tiene, además, inclusiones demasiado visibles. Pero todo ésto no impide que su libro sea muy superior a los que conocemos acerca de la lírica de su patria, como los de García Calderón y de Alberto Guillén. Divide Sánchez a la poesía peruana contemporánea en cinco épocas. La primera abarca diez años comprendidos entre 1895 y 1905. La segunda va desde 1905 hasta 1915. La tercera corresponde a los años corridos entre 1915 y 1923. La cuarta se significa por el predominio de la poesía revolucionaria de masas y no tiene término todavía. Está vigente en medio del inmenso clamor aprista y de la preocupación indigenista. La quinta época equivale a la poesía deshumanizada y, a veces, desvitalizada de los superrealistas y del limeñismo preciosista. Es una poesía que hoy tiene varios ejemplares notorios que viven al margen de la in-

quietud del Perú y hacen versos de arte puro sin nutrirse con los jugos de la tierra.

En la primera etapa se levantan las dos magníficas personalidades de José Santos Chocano y de Manuel González Prada. Como dice Sánchez tiene esta poesía «modernismo en la forma y mesianismo en el deseo».

Chocano es el poeta que se coloca más allá del bien y del mal. Hace arte de musicalidad y de instinto. En él se mezcla el dominio perfecto del instrumento lírico y la desaprensión moral más absoluta. Pero, a nuestro juicio, el mérito principal de Chocano no estriba en su lirismo sino en su americanismo. Con él sale la poesía de cierta zona de clausura de que apenas la libertó el romanticismo con su débil insurgencia paisagista. Chocano miró hacia el continente, con sus ríos, sus selvas, sus mares, sus ilimitadas perspectivas de inspiración. Como muy bien observa Blanco Fombona: «Porque lleva en el fondo de su ser y en las deficiencias de su formación a la América como tuétano de sus huesos».

Chocano es uno de los mejores y peores poetas que se hayan conocido. Embriagado por una retórica victorhuguesa, sin la disciplina de una cultura clásica, en sus estrofas desfila un opulento conjunto de metáforas y de imágenes del más dudoso gusto al lado de los aciertos en que su voz se modera y adquiere la nota justa y la emoción que palpita en algunos sonetos de *Primicias de Oro de Indias*.

En el *Índice* de Sánchez se echan de menos algunas composiciones de Chocano en que se manifiesta su virtuosismo técnico y su riqueza erótica. Manuel González Prada es el poeta civil del Perú. También metió su garra creadora en el ambiente y puede considerársele, sin el localismo folklórico, como el precursor más poderoso de la más moderna poesía autóctona que busca la inspiración en el motivo indigenista. Sin el lirismo a toda orquesta de Chocano, más medido y contenido, González Prada revela una sensibilidad que busca nuevos ritmos

y delicadezas melódicas que más adelante tendrán un logro acabado en el estro de Eguren.

El *mitayo* constituye una de sus mejores poesías y está incluida en este *Índice* con notoria justicia. Se completa con el poema *¿Quién sabe?* de Chocano en el que apunta una preocupación social intensa y el tema indígena.

Sánchez incluye a continuación un grupo de poetas que no se revelan muy intensos: Manuel Beingolea, bohemio e irónico; Enrique A. Carrillo, de escaso vuelo; José Fianson, post romántico y modernista; Domingo Martínez Luján, cuya peligrosa facilidad lo pierde a menudo; y Amalia Puga de Lozada, que no se empina mucho sobre los demás.

Leonidas N. Yerovi exhibe sentimentalismo y gracia poética. Sánchez lo analiza con perspicacia crítica y apunta que con mayor cultura habría sido un verdadero humorista.

El limeñismo puro aparece en este *Índice* con bastante bizarria en la poesía *Muñeca limeña* de Luis Fernán Cisneros. Superficial y travieso no llega hasta la gran emoción, pero puede recordársele por la facilidad con que aborda asuntos sentimentales y galantes.

Desfilan después Adán Espinosa y Saldaña, más conocido por su pseudónimo Juan del Carpio, y José Gálvez, expresión cultísima y erudita de un limeñísimo acendrado. El *Rejonero imperial* de Espinosa recuerda la riqueza verbal de Rueda y *Las Santas Rositas* de Gálvez constituye una viñeta exquisita de la Ciudad de los Virreyes.

Todos estos poetas se caracterizan por su localismo y su apego a lo tradicional sin la profundidad que denotan después los criollistas puros que escarben en las entrañas del dolor social o de la interpretación crítica de la dilacerante realidad peruana.

Sigue en el orden cronológico Ventura García Calderón, de quién conocemos sus *Cantilenas*. Sigue sumiso la corriente post simbolista y es un poeta modesto, logrado, de gusto se-

guro que no se empina sobre el excelente estilista y crítico que admiramos en sus páginas en prosa. José E. Lora y Lora es según Sánchez un gran poeta trunco. Murió joven y en forma trágica. Lo que aquí aparece de él revela que tenía grandes facultades expresivas y una fuerte inquietud divagadora.

Felipe Sassone nos parece uno de los peores productos de la facilidad. La *Canción de Primavera* que incluye Sánchez como única muestra de su producción no basta para acreditarlo. No conocemos otras poesías suyas, ni entre las recientes publicadas en Santiago, que lo prestigien para ocupar un sitio al lado de Chocano, de González Prada, de Eguren, de Bustamante y Ballivián. Creemos que el antologista incurrió en un pecado de excesiva complacencia.

Enrique Bustamante y Ballivián no sólo es un ejemplo de vasta cultura sino uno de los grandes animadores de la literatura peruana. Hombre abierto a todos los vientos de la sensibilidad, medido y justo, ponderado y presto a renovarse en los instantes culminantes y decisivos de la revolución poética, se presenta como un gran maestro del Perú.

En 1910 publica su primer libro que se muestra como uno de los momentos más felices del parnaso peruano. Honra y médula en el pensamiento. Ritmo elegante y medido. Se ve un afán en apartarse ya del estruendoso ámbito del choanismo orquestal y un deseo de contrastar sentimientos de índole cristiana con arrebatos de un fervoroso paganismo. A este respecto los críticos peruanos han citado la influencia de Darío y han anotado la similitud de los contrastes que ofrece la poesía de Bustamante y la del gran maestro del modernismo.

Nos parece, sin abanderizarnos en juicios absolutos, que Bustamante indica un momento de madurez en la sensibilidad peruana. Es el instante en que las influencias se perciben pero no se derraman en un torrente de colores y de sonidos como pasa en Chocano. El modernismo de Bustamante va más tarde a evolucionar a una especie de nativismo peruano que construye

verdaderas estampas del ambiente andino. Entre los poetas que deben incluirse en una antología del paisaje peruano está sin duda Bustamante y Ballivián. Sus obras más importantes son: *Elogios* (1911), *Poemas Autóctonos* (1920), *Antipoemas* (1926) y *Junín* (1930).

La selección que hace Sánchez es cuidadosa y a nuestro juicio una de las más felices de su *Índice*.

Oroyas, *Quenas* y *Los morochucos* son tres poemas admirables en que el ambiente andino surge con verdadera emoción. No obstante, algunos críticos han señalado que Bustamante se detiene, con exceso, en lo conciso hasta esquematizar demasiado la visión de su paisaje de montaña desolada y de acentuada evocación americanista.

El *Índice* de Sánchez consagra en seguida ocho páginas el gran poeta José María Eguren, considerado por muchos la figura más substantiva que exhibe el Perú después de José Santos Chocano.

Llama la atención que Sánchez haya excluído una de las más hermosas y comentadas poesías de Eguren. Nos referimos al *Romance de la Noche Florida*, cuyo ambiente de misterio y sugestión no es inferior al de *El duque* y al de *La Pensativa*, aquí incluídas.

Con Eguren el modernismo peruano se hace autónomo de las influencias formales por más que Basadre perciba ecos de Poe, Mallarmé, Darío, Jammes y Verlaine. Eguren huye del continentalismo de Chocano y no busca su inspiración en lo objetivo. Es subjetivo y romántico, pero con un romanticismo asordinado y visionario. Su mundo interior es riquísimo. Está poblado por paisajes de ensueño, por vagas, indefinidas y misteriosas evocaciones. Tiene, como ha dicho uno de sus críticos, un paisaje inespacial e intemporal.

El ambiente esotérico en que se desenvuelve parte de la literatura contemporánea aparece en el Perú con Eguren. Toda

su poesía es acendrada, refinada, escasa en cantidad y densa en volumen emotivo.

Al revés de Darío, huye del enjoyamiento expresivo. Su castellano es sutil y revela una formación clásica evidente. Abunda en los recursos verbales, en la creación de palabras puras y de imágenes austeras.

Eguren es una verdadera isla que da cara a un mar verba- lista y a una profusión metafórica en que naufragan casi todos los poetas peruanos anteriores a él y muchos de más tarde. Por todas estas cualidades y por su filiación simbolista-román- tica merece un estudio especial de crítica comparada que señale bien todo lo que entraña de exclusivo y lo que lo acerca a los grandes creadores de América.

Percy Gibson es un poeta arequipeño del que no conocemos más que muestras sueltas de sus facultades estéticas. No tie- ne más que un libro temprano. Lo que exhibe Sánchez en su *Indice* no basta para dar un juicio absoluto, pero contiene ele- mentos humorísticos de excelente calidad.

Renato Morales de Rivera, también arequipeño, es un buen lírico. Anda su poesía suelta en revistas. Sigue Alberto J. Ureta, poeta de calidad que se ha señalado como originalí- simo en sus *Elegías de la Cabeza Loca*, publicadas en París en 1937.

A continuación aparece uno de los escritores más intere- santes del Perú; Abraham Valdelomar, fallecido en 1919, quien ejerció una poderosa influencia literaria como iniciador del mo- vimiento llamado *Colónida* que tuvo su apogeo en 1916.

Valdelomar tiene notas eglógicas, finas viñetas familiares, acentos amatorios y mezcla en sus poemas los recuerdos y evo- caciones con un tono original y una sensibilidad moderna y depuradora. Con todo es inferior su labor poética, que conoce- mos fragmentariamente, a sus novelas y cuentos que señalan una etapa nueva en la literatura peruana. En este *Indice* lo que aparece de su obra es bastante escogido; pero no alcanza a

darnos una idea completa de su temperamento lírico. Después de Valdelomar siguen en el *Índice*, Pablo Abril de Vivero y Alfredo González Prada. El primero no mostrará nada de extraordinario y en el segundo hay energía y originalidad en su *Polirritmo bárbaro* en que se combate la guerra y se hace una tremenda evocación de sus males y desgracias. Recuerda un poco a Alma fuerte en el acento admonitorio, en la fuerza verbal; pero su modernidad es mayor. Alberto Hidalgo es uno de los poetas más extraordinarios y dinámicos del Perú. Logra la audacia lírica de un Neruda, la capacidad para la diatriba de un De Rokha, la desconcertante y paradójal energía revolucionaria de los más recientes vanguardistas.

Hidalgo se aparta de sus contemporáneos por su audacia. En sus cantos hay originalísimos instantes como en *Las rocas*, violentas voces de protesta social, un inconformismo agresivo y en el último tiempo una depuración lírica que los críticos advierten muy promisoramente en *Actitud de los años*.

Guillermo Luna Cartland es un poeta de poco significado que ha escrito, según observa Sánchez, muy esporádicamente.

Es importante percibir que el antologista ha colocado a Juan Parra del Riego entre los poetas peruanos. Es una inclusión justísima.

Parra estaba asimilado al Uruguay donde aparecía en las antologías, como en la de Pereda Valdés, entre los escritores de ese país. Este poeta es famoso por sus Polirritmos. Es una de las voces más puras de América. Musical y sugerente, se puede incluir entre los precursores de la poco cultivada poesía marítima en que hoy existen personeros de relieve como Blomberg, Pérez Valiente de Moctezuma y otros.

El Capitán Slukin, composición admirable que han desenterrado hace poco los admiradores uruguayos de Parra del Riego es una de las joyas de esta antología. Muy justa ha sido la devolución que hace Sánchez a su patria al incorporar al acervo peruano a tan magnífico y resonante poeta.

Ricardo Peña Barrenechea es un cultivador actual de Góngora. Los poemas que exhibe Sánchez están manifiestamente influenciados por el autor de las *Soledades*, pero indican una sensibilidad delicada. César Atahualpa Rodríguez exalta la nota indigenista con su ferviente poema *Atahualpa*, interesante muestra de peruanismo que han seguido en nuestros días otros escritores.

Alcides Spelucin es uno de los valores peruanos más serios. Es el poeta del mar y de los puertos, de las playas y de las evocaciones marinas. Entre los modernistas peruanos se le puede considerar uno de los representantes más esmerados de las formas cultivadas y de la sensibilidad abierta a las rutas de lo nuevo. Este poeta constituye uno de los más importantes e influyentes casos de evolución que va desde cierto preciosismo modernista hasta las avanzadas y peligros de la lucha social aprista.

César Vallejo es poeta de genuina vanguardia. Comienza desconcertando a los limeños y termina en las filas del comunismo con todas las inquietudes viajeras que aparecen en su libro sobre Rusia y en sus artículos políticos.

José Bergamín lo juzgó ampliamente en el hermoso prólogo que puso a su libro *Trilce*, editado en Madrid en 1926. Dice de él lo siguiente: «La pureza poética de *Trilce*, pureza íntegramente espiritual: pureza de mar no pureza de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía, que es lo más humanamente verdadero: o, verdaderamente, lo más humano». (*Trilce*, página 17).

Los Heraldos Negros, editados en Lima en 1918 y *Trilce*, publicados en esa misma ciudad por vez primera en 1922 son quizás los testimonios más limpios de la poesía pura en el Perú.

Vallejo ha sido combatido y se le ha acusado de obscuridad; pero, como observaba Max Jacob, la poesía moderna salta

todas las explicaciones. Y los versos de Vallejo constituyen hoy día, por encima de sus detractores, uno de los más seguros prestigios del Parnaso de su tierra.

En el *Índice* siguen a continuación numerosos poetas entre los cuales hay algunos acerca de cuyos méritos definitivos falta todavía mucho que decir. Varios son militantes políticos, poetas audaces y aficionados al imaginismo, sinceros revolucionarios y cultivadores de las paradojas y de los juegos verbales.

Emilio Armaza indica una sensibilidad certera. Armando Bazán más calidades de prosista político que permeabilidad poética. Mario Chabes un nativismo de poco vuelo. En seguida hay muchos nombres: Nazario Chávez Aliaga, José Chioino. No los podemos juzgar a través de las escasas poesías que publica Sánchez.

Gamaliel Churata trae un aliento fresco de tierra peruana, de recio autoctonismo. Nicanor de la Fuente tiene notas rurales que son como expresiones de rebeldía aprista.

Serafín del Mar logra dar una firme emoción civil en su canto al 27 de Julio y a los fusilados apristas. Convence su sinceridad y cautiva su patetismo de recia envergadura social.

Alberto Guillén canta a Haya de la Torre en hermosas estrofas apolíneas. Olvida sus anteriores coqueteos con lo insubstancial, con las delicadezas y los malabarismos verbales para construir un canto con raíces de peruanidad masculina. También es un realista cuadro de costumbres *El santero don Julián*, admirablemente escogido en este *Índice*.

Juan José Lora se descubre retorcido y difícil de expresión. Guillermo Mercado aporta notas costumbristas y viñetas de pueblos muy felices.

Ernesto More un pequeño poema, de condensada calidad. Muy poca cosa para poderlo incluir.

Carlos Oquendo de Amat se pierde en un verbalismo excesivo. Alejandro Peralta es el poeta indigenista más considerable.

La pastora forida y *Cántico* revelan las vetas mejores de su sensibilidad que admiramos en su libro *El Kollao*.

Ramiro Pérez Reinoso y Américo Pérez Treviño exaltan al aprismo y dan notas regionales interesantes. El primero es de Arica, el segundo de Trujillo.

Julián Petrovic está representado por una sola poesía que no basta para poderlo definir bien.

Magda Portal crisper sus estrofas bajo la adversidad y canta al porvenir aprista en sus *Cantos de la Revolución*, que es quizá el más logrado intento lírico sobre la inquietud peruana a juzgar por dos excelentes poemas aquí incluidos.

Daniel Ruzo, José Torres de Vidaurre y María Wiese dan notas limeñas en sus respectivas esferas de tono menor.

Se caracterizan por su impasibilidad social. Ruzo tiene pinceladas eglógicas, Torres de Vidaurre visualidad colorista y María Wiese una concentrada sencillez.

Xavier Abril busca las greguerías y el surrealismo. Eustakio R. Aweranka es un poeta indígena que escribe en su idioma aborígen. Rafael de la Fuente, más conocido por su pseudónimo Martín Adán, exhibe uno de sus aciertos en la *Lección de la rosa verdadera*, que indica el gusto del seleccionador en lo que se refiere a su obra dispersa.

Blanca del Prado escribe prosa poética y eglógica. César Miró está representado por su excelente *Perfil del marinero en la ciudad*. José Jiménez Borja ensaya la nota marítima en su magnífica *Canción de los velámenes*.

María Teresa Llona se nos revela íntima y sencilla.

Enrique Peña Barrenechea es el poeta puro por excelencia que huye de la realidad y busca rutas de subjetivo encanto.

Es uno de los líricos más jóvenes y promisoros del Perú.

Catalina Recabarren Ulloa, Luis de Rodrigo y Rosa María Rojas Guerrero forman tres aportes de la nueva sensibilidad. No los conocemos lo suficiente como para intentar su

estimación, pero consideramos que Sánchez debe, en otra edición de su *Índice*, dar más muestras de sus recientes poemas.

El *Romance de fuga* de José Varallanos pertenece a su *Primer romancero cholo*. Influenciado por los españoles nuevos no deja de tener estilo propio y un puro sabor peruano que confirma su definida calidad lírica.

Anaximandro Vega, de quien no da mayores noticias Sánchez, está representado por *El marinero ausente*. Juan Luis Velásquez es según Sánchez representante del ultraísmo y del dadaísmo.

Emilio Adolfo Von Wesphalen es un poeta de última hora. Comenzó a ser conocido en 1933. Es oscuro deliberadamente y se le han encontrado vocaciones metafísicas de raíz germánica. Aislado y difícil, original y discutido, representa en cierto modo las acciones y reacciones que ha provocado en Chile el alto prestigio de Pablo Neruda.

Ciro Alegría se revela jovial y buen poeta en *Ei caballo fraterno*, muestra halagadora de su estro.

José Alvarado Sánchez está incluido con una elegía prolija y curiosa titulada *El Tiempo*. Está dedicada a Proust y en ella hay un alarde de tópicos finos y de enrevesados análisis de firme calidad estética.

Carlos Cueto Fernandini, Emilio Champion, Arnoldo del Valle, José A. Hernández, Juan M. Merino Vigil, Manuel Moreno Jiménez, Luis Valle Goicochea, Emilio Vásquez, Mario J. Villa y Luis Fabio Xammar son los poetas más nuevos. Y con ellos concluye este interesante y extenso *Índice de la Poesía Peruana Contemporánea*. Todos tienen, en potencia, sensibilidad y cualidades de diversa categoría. Pueden confundirse en su poca preocupación hacia lo social y en su esmerada forma.

Merecen citarse como realidades hermosas las *Canciones de Rinono* y *Papagil* de Valle Goicochea. Están impregnadas de un infantilismo limpio que recuerda, sin su vida interior,

al Eguren de *Peregrín, cazador de figuras*. Xammar exhibe también tres poemas de serranía muy bellos y concentrados en que se distingue el exquisito *Romance de la chola de Ripán*.

Aparecen 77 poetas en este *Indice de la Poesía Peruana Contemporánea*. Quizá sea demasiado. Estimamos que, en una edición próxima, podría este panorama concentrarse bastante y dejarse incluido en él a todos aquellos que hubieran logrado el ápice de la madurez y de la definición. Como el mismo autor nota en el Perú existen muchos poetas que han sido ruiseñores de una tarde y que después se han dedicado a la burocracia, a la diplomacia o a cualquier cosa.

El *Indice* de Luis Alberto Sánchez, a pesar de su extensión y de lo incompleto de ciertas inclusiones, forma un conjunto recio e interesante de valores poéticos desde los días modernistas en que triunfaba Chocano y disciplinaba a la juventud González Prada hasta este instante en que podemos percibir dos poesías perfectamente separadas en el Perú: la social, casi toda aprista y desvinculada de otro tema que el político; y la subjetivista, casi siempre limeña, que ancla en cierta atmósfera en que triunfa el tono menor y el surrealismo.

De tan extensa galería poética que casi llega al centenar de ejemplares hay mucho que excluir. Indudablemente no podrá ser permanente esa preocupación política que ha restado grandes valores a la poesía pura o para ser más precisos a la poesía eterna.

Los poetas civiles son raros y no es corriente encontrar un espíritu como el de González Prada en el cual se hermanan las altas facultades estéticas y creadoras con el tono profético y combativo del caudillo de la nacionalidad peruana. Son muchos, incontables, los escritores que al meterse a políticos dejan de ser artistas y no hacen ganar nada a las ideas que dicen servir. No es este el caso de todos los representantes de la poesía social que ha incluido Luis Alberto Sánchez en su voluminoso *Indice*. Alberto Hidalgo, Alberto Guillén en su canto a

Haya de la Torre, Serafín del Mar y Magda Portal son, a nuestro parecer, los que han expresado mejor la sorda y violenta inquietud del pueblo peruano y su sentimiento de justicia y de libertad.

Pero estamos muy lejos de celebrar a los demás cultivadores de la poesía política así como excecramos también a los que viven bajo la absurda fórmula del arte por el arte.

Este *Indice* sugiere provechosas observaciones y una de las mejores sin duda es la de que el Perú se hará más conocido en América por hombres tan representativos de su lirismo como González Prada, Chocano, Yerovi, Bustamante y Ballivián, Eguren, Valdelomar, Hidalgo, Parra del Riego, Speculín, Vallejos, Guillén, Peralta, Magda Portal, Varallanos y unos pocos más que por muchos resonantes políticos y hombres de Estado. En todo caso, Sánchez ha servido mucho a su patria y nos ha proporcionado elementos excelentes aunque incompletos para intentar una valuación crítica de sus poetas.
—RICARDO A. LATCHAM.



EL PROBLEMA SEXUAL Y SUS NUEVAS FÓRMULAS SOCIALES, por
el Dr. Juan Marín

Libro frondoso, ampliamente documentado, el del Dr. Juan Marín. Algo que no estamos acostumbrados a ver entre nosotros. Conocemos el ensayo breve, ondulante, impreciso o la monografía científica, seca, escueta como una fórmula matemática. El libro del Dr. Marín, en cambio, aborda en una forma elegante, literaria sin ser florida, estos tópicos difíciles, acompañándolos con profusión de citas que, en este caso, no van en desmedro del autor, porque el enorme trabajo de selección y trabazón de opiniones encaminadas a obtener una opinión total es, qui-